

5

La Amante Dirección de Dios

“A VECES creemos que sólo en tiempos de Pablo había llamados macedónicos y que sólo entonces Dios realizaba milagros”, dijo Sebastián Pinto, de Goias, Brasil. Luego nos contó un impresionante caso de la amante dirección de Dios.

El y su compañero Julio habían terminado una entrega en el campo, y estaban junto al camino, esperando algún vehículo que los llevara al pueblo. En ese momento se les acercó un hombre, y después de algunas palabras generales, les preguntó: “¿Sabían Uds. que estamos viviendo en el tiempo del fin del mundo?” Y en seguida empezó a predicarles.

Los colportores lo escucharon por un momento y después Sebastián le explicó que ellos eran misioneros adventistas. Entonces el hombre les dijo ansiosamente: “En ese caso, enséñenme Uds. a mí”. Sebastián sacó su Biblia y le dio un estudio.

Cuando acertó a pasar un camión, los colportores quisieron despedirse del hombre, pero él les dijo: “No, voy a ir con Uds. para que me enseñen más”. Viajó con ellos durante una hora, haciendo preguntas y absorbiendo las respuestas. Al despedirse les dijo: “Espero que algún día vengan a mi casa y me traigan una Biblia. No traigan una sola, traigan muchas, porque donde yo vivo hay muchos

vecinos que quieren la Biblia. Y vengan a predicarnos”.

Sebastián siempre estuvo pensando visitar a ese hombre, pero pasaron dos años hasta que pudo volver. Cuando llegó a Terezina, donde ese hombre vivía, Sebastián se vio en un serio problema. Explicó su dificultad a un vecino del lugar, diciéndole: “Vine aquí a visitar a un hombre, y ahora veo que perdí el papel con su nombre y su dirección. Es un hombre que cree en la Biblia y me encargó que se la trajera”.

¿Quién iba a poder decirle quién sería ese hombre? Pero cuando el colportor terminó de pronunciar esas palabras, oyó a su espalda una voz que le dijo: “Señor Sebastián, ¿no seré yo ese hombre que Ud. busca?”

Cuando el colportor se dio vuelta, se llevó el asombro de su vida. Allí ante él estaba el mismo hombre que dos años antes le había encargado la Biblia.

Se saludaron con inmensa alegría, y luego el hombre le reveló a Sebastián una admirable intervención divina, al decirle: “Yo estaba trabajando en la finca y sentí la impresión de venir al pueblo. No tenía nada que hacer aquí, pero vine; y ahora veo que Dios me trajo para encontrarlo a Ud.” Entonces le preguntó:

—¿Cuánto tiempo va a pasar aquí?

—Me voy mañana —respondió Sebastián.

—¡No puede ser! Tiene que quedarse por lo menos una semana o dos, a predicarnos.

—Entonces, voy a hacer unas entregas y vuelvo el miércoles. Ud. invite a los vecinos para una reunión en su casa, el miércoles de noche.

Ese miércoles Sebastián llegó rendido, con necesidad de descansar. Pero así y todo, dirigió un estudio bíblico para el buen número de vecinos presentes.

Aunque tenía que seguir colportando, le impresionaba el ansia de esa gente de conocer el mensaje de salvación. Así, quedó con ellos una semana; de día los visitaba en sus casas y les daba estudios individuales, y de noche dirigía reuniones colectivas.

Al fin de esos pocos días, hizo un llamado y 55 personas

aceptaron el sábado. Algunos meses más tarde fueron bautizados los primeros 26 de ese grupo.

Cuando estos dos colportores contaron acerca de esta maravillosa dirección de Dios, Julio, el compañero de Sebastián, hizo este comentario: “Nunca imaginé que Dios tuviera para sus hijos en esta tierra, un trabajo tan feliz y tan asombroso”.

Una voz suave y dulce

En la variada gama de sus gratas experiencias, los colportores tienen frecuentes casos emocionantes.

Un domingo, Elia Martínez, de Colombia, visitó a un comerciante y a su esposa en su hogar. Mientras les presentaba sus libros, los esposos mostraron una inusitada excitación, que al principio Elia no pudo comprender. Al fin del relato, el comerciante le preguntó: “Ud. dijo que con esta obra nos traerá la Biblia. Entonces, anóteme”. Luego el hombre agregó:

—¿Ud. cree en Jesús?

—Claro que sí —respondió la colportora.

Entonces él le contó que hacía cinco días que él y su esposa habían tenido un mismo sueño, a la misma hora.

Aquella noche, él había despertado impresionado, había llamado a su esposa y le había dicho: “Despierta que te voy a contar algo hermoso”. Entonces le contó que él acababa de soñar con Jesús. Lo había visto amable y atrayente, y había oído una voz suave y dulce que le había dicho: “Sigue a Jesús. Ten fe en él. Pronto vendrá una persona que te explicará más”.

Al oír ese relato, la esposa se había sentido más emocionada que él, y le había contado que ella también acababa de soñar con Jesús, y que había oído la misma voz.

Y ahora, la señora agregó otro detalle, que conmovió a la colportora. Le dijo: “Esa voz suave y dulce que oí en mi sueño, era la misma voz de Ud.” Y la señora le pidió: “Venga a enseñarnos la Biblia”.

Esa misma semana, la colportora comenzó a darles estudios y los dos esposos empezaron a asistir a la iglesia.

Esto es lo que declara la Hna. White: "Dios dará una experiencia admirable a los que digan: 'Creo en tu promesa; no fracasaré ni me desanimaré'" (*El colportor evangélico*, pág. 160).

La iglesia del sábado

Un día José Pinto pasaba por el mercado de Goinaia, Brasil, justo en el momento en que un campesino preguntaba a uno de los vendedores: "¿Sabe Ud. dónde está la iglesia del sábado?"

Como el vendedor no supo informarle, Pinto intervino y le dijo: "Sí, aquí cerca está, a tres cuadras de aquí. Yo soy de esa iglesia".

El campesino se alegró inmensamente. Cuando Pinto le preguntó cómo se había enterado del sábado, el hombre le hizo esta interesante relación: "Hace dos años me visitó un mozo llamado Sebastián Pinto; le compré un libro y ahí descubrí el sábado".

—¿Sebastián Pinto? —preguntó José.

—Sí.

—Pues, Sebastián es mi hermano.

Esta coincidencia generó más alegría y más simpatía entre los dos. Y el hombre siguió contándole otras providencias. Le dijo: "Un día, Sebastián pasaba por el camino, y al verlo, mi señora lo llamó diciéndole: 'Joven, venga. Hemos sabido que Ud. vende libros. Mi esposo quiere hablarle. Espere que voy a llamarlo'.

"Cuando yo llegué, le compré un libro y lo invité a posar en casa. Esa noche hablamos de religión, y él nos leyó la Biblia y nos explicó muchas cosas. Después, por ese libro empezamos a guardar el sábado, y ahora hice este viaje a la ciudad para encontrar la iglesia que guarda el sábado".

¡Qué amante la providencia de Dios! La esposa de ese hombre acierta a ver a Sebastián cuando pasaba por el camino. Luego en el mercado, José pasa cerca del campesino en el preciso instante en que él preguntaba por la iglesia del sábado. Ciertamente, Dios vela por los suyos y los guía a la verdad.

Mano de Angel

La siguiente historia es trágica y conmovedora, y revela otra vez el poder del amor de Dios para rescatar a los caídos. Por razones evidentes, aparecen sólo las iniciales del protagonista.

S. A. E. llegó a ser un avezado delincuente, de triste fama internacional. Desde niño había empezado a odiar a su padre, porque maltrataba a su madre. Como el padre gastaba su jornal en bebidas, desde los doce años, el niño S. A. E. se había habituado a robar. Su madre, que era bautista, oraba por la conversión del padre, y del hijo, pero falleció sin ver su anhelo satisfecho.

De los pequeños robos, S. A. E. pasó a otros mayores, hasta que llegó a ser un consumado malhechor, un diestro carterista. Llegaron a llamarlo Mano de Angel. Una vez robó 63 autos en dos meses. Pero como sucede casi siempre, un día fue atrapado y condenado a veinte años de prisión.

Poco antes, el buen hermano Lefimil, un ex colportor, tal como le sucedió al José de la Biblia, fue encarcelado por equivocación. Cuando se comprobó su inocencia fue libertado e indemnizado.

Conmovido por la triste condición de los presos, Lefimil decidió trabajar por ellos. En sus visitas a la cárcel conoció a Mano de Angel. Le llevó ropa y alimento, y le habló del amor de Dios. Pero Mano de Angel no quiso saber nada de religión.

No obstante, con tacto y con amor, Lefimil lo siguió visitando. Más tarde, S. A. E. expresó su admiración y gratitud por la paciencia y el cariño de Lefimil, que durante dos años seguidos tuvo la constancia de visitarle y hablarle de la esperanza del perdón y la recuperación.

Cierta noche, Mano de Angel tuvo un sueño grave. En su sueño oyó el texto bíblico, que afirma que Dios "humillará el orgullo de los extraños". Y oyó también la referencia, Isaías 25:5.

Tan pronto como se levantó, buscó el texto y encontró las penetrantes palabras que había oído en su sueño. Quedó

tan impresionado que decidió humillarse ante Dios. Esa misma mañana llevó la Biblia y una daga que se había fabricado en la cárcel. Y en presencia de varios compañeros de prisión, quebró la daga y les dijo que ahora tenía otra arma mucho mejor, la Biblia. Les contó su sueño y les dijo que había decidido cambiar de vida.

En una ocasión, S. A. E. le dijo a Lefimil que creía que Dios lo libertaría en un viernes. Poco después, justo un viernes de tarde, lo visitó su hermana y llorando le dijo: "Hice todo lo que pude, pero los abogados dicen que tu libertad es imposible". El respondió: "No te entristezcas. Si Dios me deja aquí, para algo será".

Sin embargo, ese mismo viernes de noche sucedió algo sorprendente y emotivo. Después que S. A. E. se había acostado, oyó que un guarda lo llamaba por nombre. Generalmente, cuando llamaban a un preso a esa hora, era para aplicarle un severo castigo. Así, él no respondió. De nuevo el guarda lo llamó por nombre, y cuando S. A. E. contestó, el guarda leyó su historia y le dijo que quedaba en libertad. Tan increíble le pareció la noticia a S., que le pidió al guarda: "Dígamelo de nuevo".

De esa manera, tal como lo había presentido, S. salió de la cárcel un viernes. Pero el que salió, no fue Mano de Angel, sino un nuevo hombre en Cristo. Por fin, la sentida oración de su madre fue contestada.

Inmediatamente, S. A. E. se dedicó a colportar. Trabajó con tal fervor, que su éxito fue satisfactorio y a veces espectacular. Pocas semanas antes de asistir a su primera asamblea de colportaje, había colportado la mina Las Condes, consiguiendo descuento por caja. En esos días estaba colportando con revistas, y haciendo presentaciones individuales y colectivas, tomó 856 suscripciones en tres días.

Estos son algunos de los milagros de la gracia de Dios, que levanta a los caídos y los sienta con los príncipes.

Una luz y una voz

Había sido un día lluvioso en esa zona de Jamaica. Después de un día de duro trabajo, Vicente Shand y su esposa

se pusieron en camino de regreso a su casa. Pero el Hno. Shand sintió la impresión de que debía llegar a cierta casa. Allí encontró a un hombre y su esposa, quienes con prontitud compraron el libro *Solucionese sus problemas con la Biblia*.

Algunas semanas después de entregar ese libro, un sábado de mañana, Shand vio a ese hombre y a su esposa en nuestra iglesia; y tres meses más tarde ambos fueron bautizados.

Una tarde después del bautismo, ese hombre le reveló algo interesante a Shand.

—Hno. Shand —le dijo—, aquella tarde en que Ud. me visitó, yo me sentí compelido a comprarle el libro.

—¿Por qué se sintió compelido? —preguntó Shand.

—Porque justo antes de su llegada, yo estaba sentado en el portal de mi casa, y de repente una luz pasó ante mis ojos y una voz me dijo: “Recibe a esas personas cuando lleguen”.

¡Cuán emocionante es la bendita obra del colportaje y la dirección de Dios en ese trabajo!

Felizmente perdió el camino

Hasta perder el camino puede ser providencial. Colportando en los campos de Bahía, Brasil, Pedro Souza se hospedó en cierta hacienda. Allí habló del mensaje a los dueños y les regaló una revista. Una semana después, Pedro volvía por la misma zona, y decidió visitar esa hacienda para ver el resultado de la revista.

Pero perdió el camino y no encontró la hacienda. Al fin dio con otra casa, y al llegar descubrió que Dios lo había estado guiando hasta ella con un gran propósito.

El dueño de esta casa le compró *Vida de Jesús*, y como atardecía, casi con timidez le preguntó a Pedro: “¿No quiere pasar la noche con nosotros?”

Después de la cena, el hombre le habló de su preocupación religiosa. Habían estado leyendo la Biblia y habían descubierto el sábado, pero estaban inseguros. Entonces

Pedro les dio un estudio acerca de la ley de Dios, y el hombre y su esposa aceptaron todos los mandamientos. Además, le hablaron a Pedro de varios ex adventistas de esa zona que habían perdido su fe.

Desde entonces, Pedro volvió muchas veces a ese lugar y estudió la verdad con esos vecinos. Al fin invitó al pastor, quien bautizó a 19 personas.

Así, gracias a que Pedro Souza perdió el camino, pudo encontrar a esas almas y guiarlas a la verdad.

Sorprendente dirección divina

Francisco Hernández acababa de llegar a una isla salvadoreña y estaba colportando. Un señor, desconocido para él, saludó a Hernández por su sobrenombre, Paco. El sorprendido colportor le preguntó cómo conocía su sobrenombre, y la respuesta fue más sorprendente aún. El señor le dijo: “Dios me anunció que Ud. vendría a visitarme y a traerme una carta. Me dijo que no la rehusara, porque valía mucho. Además agregó: ‘El Hno. Paco te va a predicar’ ”.

En el acto, el hombre compró el libro *Paz en la angustia* e invitó a Hernández a volver esa noche a predicarles. El colportor le explicó que tenía planes de salir en la lancha de esa tarde y que no podría predicarles esa noche. No obstante, el señor le aseguró: “Yo sé que Ud. nos predicará esta noche”.

Tal como lo había calculado, Hernández terminó su trabajo temprano y fue al embarcadero a esperar la lancha. Pero la lancha no vino.

No habiendo otra escapatoria, Hernández fue a predicar a esa gente. Tan pronto como terminó la reunión, llegó cierto hacendado en su lancha propia e iba exactamente adonde el colportor quería ir. Hernández ni tuvo que pedir el viaje. Los vecinos hablaron con el hacendado, y él consintió en llevarlo. De esa manera igual llegó a su destino y cumplió con una misión providencial.

¡Con cuánta frecuencia se ve la dirección sobrenatural de Dios guiando a los que le sirven!

Un error providencial

Cuando Saúl Márquez, de México, hacía ocho años que estaba colportando, tuvo una experiencia que renovó su convicción, que él expresó en estas palabras: “Dios hace mucho por medio de nosotros en el colportaje, y su providencia nos guía a encontrar a los que buscan la verdad”. Entonces contó la paradoja de un error providencial.

En la ciudad de Durango, Saúl estaba buscando a un tal Raúl García. Después de indagar, alguien le señaló una casa donde vivía un señor de nombre Raúl. Efectivamente, el colportor encontró ahí al señor Raúl; pero en vez de ser García, era Ramírez.

De todas maneras, Saúl le ofreció sus libros, y el hombre le compró el más religioso de la colección. Después hablaron de religión, y Saúl le dio un breve estudio bíblico (el gran secreto para ganar almas) y terminó con una oración.

Cuando le llevó el libro, el colportor volvió orar con ese hombre, e hizo arreglos para seguir teniendo estudios con él y la esposa.

Al poco tiempo esa familia se mudó a otra ciudad, y el colportor no supo más de ellos. Como un año después, Saúl se encontró con ese hombre en la calle. Conversaron un poco, y al final el hombre le pidió que volviera a seguir con los estudios.

Cuando llegaron al tema del sábado, el hombre dijo: “No vale la pena que sigamos los estudios, porque no voy a poder guardar el sábado”. Todo el esfuerzo por iluminar a esas almas parecía perdido.

Pasaron varias semanas y un día la esposa de ese señor visitó al colportor y con lágrimas en los ojos, le dio una gran noticia: “Mi esposo y yo hemos decidido guardar el sábado, aunque nos cueste un sacrificio”.

¡Qué alegría para Saúl y para los ángeles del cielo! Al poco tiempo los dos esposos se unieron a la Iglesia Adventista.

Entonces, fue providencial que buscando a Raúl García, el colportor se encontrara con Raúl Ramírez, quien bus-

caba la luz. Dios promete: “Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos” (Salmo 32:8).

Cómo guía Dios a los fieles

En la Rep. Dominicana, cerca de Barahona, vivía un joven que anhelaba el bien supremo. Y Dios que conoce el corazón, lo guió amorosamente hacia la luz.

Un día ese joven fue al pueblo a encargarse un traje. Cuando entró en la sastrería, vio a dos jóvenes ofreciendo al sastre un bonito libro, que despertó su nostalgia de Dios. Oyó admirado el relato. Vio que el sastre encargaba el libro y que los jóvenes se disponían a retirarse. En ese momento él les dijo ansiosamente: “¿Por qué no me anotan a mí también?”

El día de la entrega, el joven le dijo a su padre: “Tengo un compromiso en el pueblo”. El joven encontró a los colportores en la calle, y volvió contento con su tesoro. Cuando el padre vio el libro, le dijo: “Y ese libro, ¿vale tanto como el trabajo que perdiste?” El tiempo iba a responder a esa pregunta.

Esa misma noche el joven empezó a leerlo, y cada noche después de terminar su trabajo, seguía la lectura. A veces tomaba una lamparita de kerosén, e iba detrás de la casa a leer. Poco después su madre le consiguió una Biblia. Un día el joven le dijo a su padre:

—Papá, aquí la Biblia dice que el sábado es el día de reposo, y yo quiero seguir lo que dice la Biblia.

—¿Cómo vas a dejar de trabajar en sábado —observó su padre— que es cuando pagas a los trabajadores?

—Comprendo papá —respondió—, pero les voy a pagar el viernes.

Un día, uno de los peones le dijo al joven:

—Si quieres, te voy a llevar a la verdadera iglesia.

Contentísimo, el joven preguntó:

—¿Cuál es?

—La Iglesia Adventista del Séptimo Día.

El siguiente sábado viajaron 40 kilómetros hasta la

iglesia adventista más cercana. La encontraron llena. El joven se sintió radiante. A su regreso contó a sus padres las cosas grandes que había visto y oído.

El día de su bautismo alguien le dijo:

—Tú pareces un colportor.

—¿Qué es eso? —indagó él.

—Los colportores son misioneros que venden libros y revistas, y dan estudios bíblicos a la gente interesada en la religión.

Y su rápida respuesta fue:

—Entonces, yo quiero ser un colportor.

En la primera asamblea de colportaje a la cual asistió, los presentes se conmovieron al oírle contar su hermosa experiencia. De todos los presentes, los que más se emocionaron fueron los colportores que le habían vendido el libro en aquella sastrería, sin imaginarse el feliz resultado.

Este joven se distinguió en el colportaje. Aunque pasó por pruebas, siempre tuvo éxito. A los pocos años llegó a ser director de colportaje. En cierto año, además de su trabajo de director, ganó a 21 almas para la verdad. Su nombre es Rafael Félix Urbáez. Dios guía y prospera a los sinceros, humildes y esforzados.

Sin saber a dónde iba

Cuando José C. Cerino estaba colportando en Tabasco, México, una tarde sintió un vivo impulso de salir a colportar al campo. A la madrugada siguiente despertó y otra vez sintió ese fuerte impulso. Cuando se levantó esa mañana olvidó ese apremio, y se preparó para salir a trabajar en la ciudad, como todos los días. Pero al pasar frente a la terminal, vio un ómnibus que estaba por salir, y sin averiguar a dónde iba, subió en él.

Después de andar unos diez kilómetros, vino el cobrador y le preguntó a dónde iba. Cerino no supo qué responder. Al fin sacó tres pesos, se los dio y le dijo: “Hasta donde llegue este dinero”.

Unos kilómetros más adelante, el cobrador le avisó a Cerino que había llegado el fin de su boleto. Al bajar se

extraño de verse en un lugar despoblado. Se internó por un camino lateral y anduvo toda una hora hasta llegar a la primera casa. Ahí descubrió por qué Dios lo había impelido a salir al campo. El dueño de casa le dijo:

—Hace algunos días oré a Dios, y estoy esperando que venga alguien a traerme lo que necesito.

—¿Y qué necesita Ud.? —preguntó Cerino.

—Estoy leyendo la Biblia, hace cuatro meses que estoy guardando el sábado, y necesito que me aclaren si hay que guardarlo o no.

En el acto el hombre llamó a sus familiares y Cerino les dio un estudio. Al final, los familiares se retiraron y el hombre le dijo al colporteur:

—Creo que ésta es la verdad, pero me parece que yo no podré salvarme.

—¿Por qué no?

—Porque tengo dos esposas.

—Antes de conocer a Dios —respondió Cerino—, uno comete muchos errores, pero eso se puede arreglar.

Y le explicó cómo rectificar su vida. De nuevo el hombre llamó a sus esposas y les dijo: “Uds. ven que estamos en un gran pecado, que nos impedirá ir con Cristo cuando venga”.

El colporteur entonces les explicó que para poder unirse con el pueblo de Dios, una de ellas tendría que separarse, y la otra casarse con el hombre y ser su legítima y única esposa. Y las dos aceptaron con prontitud esa orientación.

Después de casarse y recibir la instrucción doctrinal, siete de ellos fueron bautizados. Estos formaron parte de un conjunto de 58 personas que José C. Cerino y su hermano Martín ganaron ese año para Cristo.

Este caso es otra muestra de la amante providencia de Dios para salvar a los sinceros, y de las admirables bendiciones que disfrutaban los colportores.